

“do, se cuidaba poco en componer libros para el porvenir, y solo se trataba de guardar en el corazon la imagen viva de aquel á quien se esperaba volver á ver en breve en las nubes. De aquí la poca autoridad de que gozaron durante ciento cincuenta años los testos evangélicos.¹ No se tenia el menor escrúpulo en insertar en ellos adiciones, en combinarlos de diverso modo, y completarlos unos con otros.² El pobre hombre que solo tiene un libro, quiere que contenga todo cuanto afecta su corazon. Prestábanse, pues, mutuamente estos libritos ó cuadernos; cada cual trascribia al márgen de su ejemplar las palabras y las parábolas, que encontraba en los demás y que le causaban impresion. Así ha salido la cosa mas bella del mundo, de una elaboracion oscura y completamente popular.”

Todo esto requiere mas credulidad que se reclaman los Evan-

designó ó justificó desde el *primer siglo* la importancia de los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, con este título: *Coleccion de Oráculos (ó discursos) del Señor*: diciendo de San Mateo: “Mateo escribió en hebreo los oráculos del Señor,” y cada uno los interpretó como pudo, y de San Marcos: “Marcos solo tuvo el cuidado de no omitir ninguna de las cosas que habia sabido ó aprendido, y de no mezclarles nada falso.” De aquí deduce M. Renan que se compuso en un principio el Evangelio de San Mateo solo de discursos, y el de San Marcos solo de los hechos de JESUS, á pesar de desmentirlo el título comun con que designa Papias á ambos Evangelios: *Coleccion de discursos del Señor*. Todo esto para venir á pretender, sin otra razon, que los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, se redactaron posteriormente de otra suerte que en su redaccion primitiva, y que lo que solo era discursos ó hechos en cada uno de ellos, llegó, á ser discursos y hechos mezclados en uno y otro; y que en su consecuencia, fueron *recompuestos* ó refundidos estos Evangelios. Esto es lo que se llama *adivinacion y conjetura*.

1 Lo que dice aquí M. Renan sobre la poca importancia y autoridad de los Evangelios durante 150 años, no le es nada favorable sino contrario en todo. En primer lugar, Papias, al decir que *cada cual interpretaba los oráculos del Señor escritos en hebreo*, por San Mateo; despues San Justino, que nos dice, que en su tiempo, esto es, á principios del siglo segundo, era uso, como lo es en el dia, leer en la congregacion de fieles, durante la celebracion del sacrificio, las memorias de los apóstoles que se llaman, dice, *Evangelios* (1.^a Apología, n. 66 y 67). Finalmente, es testimonio tan conocido de San Ireneo, en que hace ver el contexto de cada uno de los cuatro Evangelios, invariablemente determinado y garantizado por el combate mismo de que su sentido era objeto por parte de los diversos herejes contra la Iglesia.—Esto hace caer en tierra todo lo que sigue de la cita de M. Renan.

2 ¿Cómo es esto imaginable respecto de libros que eran sagrados, que se leian en la solemnidad de las asambleas de los fieles, y que constituian autoridad aun para los herejes!

gelios. Es tan falso en historia como en lógica. En historia no ha habido, entre la redaccion de los Evangelios y la tradicion que los consagró, un intervalo de tiempo en que se hallaran abandonados á la fantasia popular. En lógica, todos estos libritos ó cuadernos anotados de diverso modo por cada pobre hombre que los poseia, y despues refundidos un dia, que se ignora cuál fuese, y sin noticia de la Iglesia y de todos sus enemigos en la *cosa mas bella del mundo*, por no sé qué golpe de varilla mágica en que nadie pensó mas que M. Renan en 1863, es digno de los cuentos de Perrault. En fin, el mismo M. Renan se prohíbe todos estos delirios, cuando confiesa “que el Evangelio de San Marcos, era *sin duda alguna* de un testigo ocular que siguió *evidentemente* á Jesucristo, que le *amó y contempló* de muy cerca, que conservó una viva imagen de él, y que debió-ser el mismo apóstol San Pedro, como pretende Papias.”

Por lo demás, M. Renan aplica solo á los dos primeros Evangelios esta esplicacion legendaria. En cuanto á San Lucas y á San Juan, trata de explicarlos de otro modo.

San Lucas es recusable por un carácter que es precisamente opuesto á la leyenda. No hay duda que es suyo el Evangelio que lleva su nombre, y es una composicion regular ó conforme á las reglas, cual ninguna, *escrita toda ella por la misma mano y en que se admira la unidad mas perfecta*. Pero tiene precisamente el defecto de ser demasiado personal. Es un documento de segunda mano: en él se advierte al escritor que compila; es un devoto sumamente exacto, pero que exagera lo maravilloso, que gusta especialmente de anécdotas, que pone de relieve la conversion de los pecadores, la exaltacion de los humildes. . . . en fin, un Evangelista. Este es su crimen.

Lo cierto es que los Evangelistas nos ofrecen en su unidad superior una admirable diversidad de garantías que han sido caracterizadas por los atributos que se les han prestado. San Lucas justifica particularmente la paciencia y la fidelidad del laborioso animal que le simboliza, por el cuidado que se toma en recoger escrupulosamente todos los elementos históricos que componen su Evangelio. Habitnado á la observacion y á la exactitud por su primer profesion de médico, formado por la elevada enseñanza de San Pablo en el celo generoso de la verdad, principia su Evangelio con este exordio, cada una de cuyas palabras respira la rigida conciencia de un grave historiadador que siente todo el peso de su mision y que conoce el fondo,

ya experimentado, de certidumbre histórica sobre que trabaja.

“Porque muchos han emprendido escribir la historia de las cosas que han pasado ó se han cumplido enteramente entre nosotros, segun la relacion que nos han hecho los que desde el principio las vieron y fueron ministros de la palabra;—me pareció tambien á mi exactamente informado de todas ellas desde su origen, escribirtelas por su orden, muy ilustre Teófilo,— para que conozcas la verdad de todo lo que te se ha enseñado.”¹

He aquí la falta de San Lucas, segun M. Renan, la misma que la de San Marcos, la de haber tenido solo el cuidado de no omitir ninguna de las cosas que habia sabido, y no mezclar en ellas nada falso; “como dice Papias.”

En cuanto á San Juan, debia naturalmente tener la falta del Águila; la de elevarse demasiado en su metafísica del Verbo, que M. Renan confunde con la gnosis de Filon, contra la que precisamente se compuso. No emprenderemos defender contra M. Renan la sublimidad del principio del Evangelio de San Juan, que quisieron grabar los neoplatónicos en letras de oro en su academia, ni los discursos de Jesús al instituir la Eucaristía, en que parecen romperse y derramarse sobre los hombres las entrañas mismas de la divina caridad, y en el que tiene M. Renan la desgracia de ver, solo un proceder facticio, y adornos retóricos. Todo esto para deducir que los discursos que contiene no son de Jesús, porque se habla en ellos demasiado de su divinidad; es decir, porque se manifiesta su divinidad en ellos.

Pero ¿qué importa esto para la demostracion general que queremos sacar de la obra de M. Renan, puesto que inclinándose enteramente á creer que no son de San Juan aquellos discursos, admite no obstante y aun justifica con toda clase de razones, que tenemos en San Juan, especialmente en la narrativa, un testigo ocular de la mayor autoridad, y que este es verdaderamente el Evangelio “segun Juan” en el mismo sentido que los demás Evangelios son los Evangelios “segun Mateo” “segun Marcos” y “segun Lucas;” es decir, próximamente ó poco mas ó menos (á peu pres)?

M. Renan lo concederá todo, con tal que se le pase este poco mas ó menos. Y en efecto, el partido que saca de él es maravilloso. Eseuchadle:

1 San Luc., 1, 2 y 3. Sobre cuyo pasaje hace Grocio esta reflexion: Significat Lucas se non ante quiesse, quam rerum quas diversi scriptores prodiderant testimonia radicatus inquisivisset, ut ita explorata ab incertis discernereus, nihil ipse non bene compertum literis consignaret (Annot. ad Lucam).

“Los pormenores (entonces) no son verdaderos segun la letra, sino que son ciertos con una verdad superior; son mas verdaderos que la verdad desnuda, en el sentido de ser la verdad expresiva y elocuente, elevada á la altura de una idea.¹ En las historias de este género, la gran señal que son verdaderas, es el haberse conseguido combinar los testos de modo que constituyan un relato lógico, verosímil y en que nada desentone. “Lo que debe buscarse, no es la pequeña certidumbre de las minuciosidades, es la exactitud del sentimiento general, la verdad del colorido. Los testos necesitan la interpretacion del gusto; es preciso solicitarlos suavemente (jesuiticamente, como se diria entre nosotros) hasta que lleguen á coordinarse y suministrar un conjunto en que se hallen felizmente fundidos toda clase de datos.”² Y de donde quede eliminado todo lo sobrenatural.

¡Oh maravilla del próximamente, del poco mas ó menos!

¿Pero tal vez preguntéis cuál es la piedra de toque, el criterium con arreglo al cual M. Renan desecha, admite, coordina, combina y solicita así los testos evangélicos? Porque, en fin, es preciso un criterium bueno ó malo. Pues bien, M. Renan es superior á todo criterio. Juzga sin juicio, no se obliga á nada para con nadie, ni aun con respecto á si mismo. Para él nunca es una cosa, verdadera, dudosa ó falsa en sí: llega á serlo segun es favorable ó contrario á su interés. No tiene limites ni caracteres: lo verdadero y lo falso; son como los colores en la paleta, los cuales toma, separa, vuelve á tomar, mezcla, gradúa (nuance)³ sobre todo, segun la fantasia de su pincel. Así, ¿dónde ha visto que no sean verdaderos en San Juan los discursos de Jesús y que sea en él digno de una confianza extraordinaria la parte narrativa? En ninguna parte, sino en el interés que tiene en deshacerse de los testimonios de la divinidad de Jesús que brillan en sus discursos. Esto es el cinismo, puede decirse, de la arbitrariedad y del interés; de tal suerte, que llegando lo arbitrario al mismo arbitrio, va á dar crédito á estos mismos discursos y á desmentir estos mismos hechos, segun las ocasiones, sin tener en cuenta el juicio arbitrario que ha dado ya en sentido inverso.

Pero direis, esto no es verdaderamente formal y serio. Esto es tan formal, os contestaré, como puede serlo la incredulidad.

1 Vida de Jesús, introduccion, p. XLVIII.

2 Ibid., ibid., p. LXV-LXVI.

3 Véase la nota al fin de la obra.

Porque, en definitiva, M. Renan ha salido mal de su empeño; pero ¿quién de los demás incrédulos ha salido mejor que él, no bien ha intentado exhibir las razones de su incredulidad? ¿Es menos repudiado Strauss por el sentido común y la ciencia, porque sea un autor de mas peso? Y M. Scherer y M. Havet, que despues de haber ensalzado la obra de M. Renan en su conjunto, la desconocen y la repudian en sus pormenores, ¿qué otra cosa mejor ponen en su lugar? Ya lo hemos visto y lo volveremos á ver.

Aquí se hallan de acuerdo con nosotros y con todo el mundo para dejar por cuenta de M. Renan su teoría del *poco mas ó menos*.¹

Digamos en primer lugar, que nada resiste mas á esta teoría que el carácter propio de los Evangelios. Ningun historiador les es comparable bajo este aspecto.

Todo se halla en Jesus, dice Bossuet, su vida, su doctrina, sus milagro. El Evangelio es un tejido apretado de que no puede quitarse un solo hilo, una jota. En él se enlazan de una manera indisoluble la moral, la doctrina y el relato. El milagro es en él con mas frecuencia la ocasion del precepto y el precepto la intencion del milagro; y para decirlo todo, el hecho no es en él otra cosa que la moral en accion y la doctrina en resultado. Jesus es quien hace el milagro, pero la fe del fiel es quien lo obtiene, y á quien aprovecha es á nuestra fe para persuadirnos la moral. Así fluyen de una misma fuente hácia un mismo objeto moral, milagro y doctrina, y es tal la solidaridad que los enlaza, que es preciso desecharlos ó aceptarlos á la vez. El Evangelio está como la túnica de Cristo, *sin costura*, y no puede dividirse. Puede tambien aplicársele aquella célebre frase de San Pablo sobre Jesus, que recae como un anatema de la conciencia

¹ M. Larroche, que á pesar de su incredulidad demasiado notoria, ha conservado una conciencia que esperamos le hará desistir de aquella, dice sobre este punto: "Confieso que no comprendo nada de nada, si se me demuestra que me engaño al declarar que el arte de sustituir á la verdad desnuda la verdad del colorido, de combinar los textos con el gusto, de solieitarlos suavemente, hasta que se les lleva á decir lo que se quiere que digan, es la destruccion de las reglas de una buena y severa crítica admitidas hasta el dia; es el arte de los intérpretes pasados, presentes y futuros; y en verdad, que no deberia esperarse verlo enseñado por un hombre de tan grande autoridad en materia de erudicion como M. Renan."

(Opinion de los deistas racionalistas sobre la VIDA DE JESUS, de M. Renan.)

sobre M. Renan: "En él no hay sí y nó; pero en él hay un sí inmutable."¹ Esta es la exclusion, la maldicion del *próximamente ó poco mas ó menos*.

Y es esto tan cierto, que el mismo M. Renan se encuentra, por no haber rechazado todo el Evangelio, cogido en cierto modo en la autenticidad que ha reconocido en él, sin que puedan librarle de ella sus reservas sobre este punto. El Evangelio se le ciñe, por decirlo así, como otra túnica de Neso, de que no puede desprenderse sin desgarrar en cierto modo á la razon; como acontece en su discusion sobre el milagro de Lázaro.

Por eso, M. Scherer y M. Havet, juzgándose mejor informados, le reprenden sobre este particular.

Nada mas instructivo que su critica. Oigamos primeramente á M. Scherer:

"No se puede llegar á la Vida de Jesus, dice, sin hallar en "el umbral una gran cuestion, la del valor histórico de los libros que son los documentos de esta historia. *Dos son los caminos que pueden seguirse sobre esto.* Por una parte, se puede tratar de justificar, ateniéndose á las noticias que nos dan los mas antiguos Padres de la Iglesia, que los Evangelios son obras de los escritores cuyo nombre llevan hoy: que los unos emanan de los apóstoles y los otros de los discipulos de los apóstoles, y que por consiguiente todos tienen la autoridad de un testimonio muy antiguo, muy directo, muy competente. Pero podrá suceder, por otra parte, que la critica encuentre las noticias de los mismos Padres oscuras ó inciertas, que las considere como insuficientes para justificar la identidad de los Evangelios con las de que tuvo conocimiento esta remota antigüedad, y desesperando de su causa, que renuncie á esas estériles investigaciones sobre la paternidad de los libros de que se trata, atendiendo solo al contenido de estos escritos, y decidiendo de su valer por la sola coherencia interna y la verosimilitud de sus relaciones.

"Necesariamente han de ser muy diversas las consecuencias de estos dos modos de ver. Y en efecto, si se consideran los Evangelios, al menos los tres primeros, como una obra en cierto modo impersonal, como una especie de depósito sedimentario que ha dejado la tradicion, como una formacion gradual, popular y en la que ha sabido procurarse la leyenda un lugar ó espacio considerable,—si, repito, se raciocina así, nada im-

¹ II, ad Corinth., I, 18-19.

“pide ya atribuir los relatos maravillosos é increíbles á este mismo origen. Tenemos ante nosotros un testimonio clásico que se plega á toda clase de dudas y conjeturas, y que jamás se quiebra en nuestras manos porque nunca le pedimos sino lo que puede darnos.

“Pero no sucede lo mismo desde el momento en que nos imaginamos tener á nuestra vista testigos oculares de la historia evangélica, relatos de los propios compañeros de Jesús, ó bien recuerdos de los discípulos de sus discípulos. Entonces cambia completamente la posición del crítico; tiene que habérselas con relaciones de prodigios, con historias de mares aplacados y de muertos vueltos á la vida, y no pudiendo explicar ya estos relatos por los hábitos bien conocidos de la tradición, y hallándose cara á cara con un escritor que dice: lo he visto y lo he oído, se halla obligado el historiador á recurrir á la suposición de algún fraude. Le harían pasar por muerto la hermanas de Lázaro. El mismo Jesús se prestaría, aunque á pesar suyo, á estas supercherías. Así es como se ve obligado M. Renan, por sus miras sobre la autenticidad de los Evangelios, á hacer hipótesis que no solo han escandalizado á los fieles, sino que con ellas, estoy firmemente persuadido de esto, se desconoce gratuitamente la candidez y la pureza del predicador de Galilea.”—“He aquí las censuras que no pueden dejar de hacer á M. Renan sus admiradores.”

No parecerá sobrado larga esta cita, si consigo sacar de ella todo lo instructivo que contiene.

En primer lugar, debemos felicitar á M. Scherer por haber roto abiertamente con M. Renan, sobre la complicidad de fraude que éste presta á Jesús en la resurrección de Lázaro; volviendo sobre esta felicitación en nuestro próximo capítulo sobre los milagros; pero confieso no comprender á M. Scherer en todo lo demás de su crítica, ó mas bien, temo comprenderlo demasiado.

Segun él, M. Renan se ha visto obligado á recurrir á una suposición de fraude para explicar el milagro de Lázaro, desde el momento en que ha reconocido la autenticidad y la autoridad del Evangelio que refiere este suceso. Luego segun M. Scherer, no debió haber reconocido esta autenticidad, sino seguir el otro de los dos caminos que hay respecto al valor histórico de los Evangelios, á saber; el de no atribuirlos á los escritores cuyo nombre llevan y ver en ellos solo un depósito sedimentario que ha dejado la tradición, un testimonio elástico que se plega sin dificultad á toda clase de conjeturas.

Pero yo creo que la falta que le censurais haber cometido á la salida del camino que ha tomado, la cometeis vos mismo á la entrada del que le aconsejais que siga. El partido de evitar reconocer la veracidad de los Evangelios no es menos grave que el de, habiendo reconocido esta verdad, venir á desconocer la candidez y la pureza del predicador de Galilea, y aun es mas grave, en cierto sentido, porque no concede nada á la verdad y la niega desde el principio.

Y ¿no sería, pues, una cuestión de táctica y no de crítica, esta gran cuestión sobre el valor histórico de los Evangelios que se levanta en el umbral de toda la Vida de Jesús? ¿Tendría tal fuerza en vosotros, señores, el partido sistemático de incredulidad, que fuera indiferente la verdad sobre este punto (segun vosotros no obstante, decisivo,) ó que por lo menos solo se la debiera conocer para evitarla mejor?

Dos son los caminos que hay que seguir sobre esto, direis por una parte, se puede reconocer que tienen los Evangelios la autoridad de un testimonio muy antiguo, muy directo, muy competente (y esta es vuestra opinion personal expresada al fin de vuestro artículo de 28 de Julio de 1863); pero por otra parte se podría, decir, ver solo en ellos una leyenda, é insinuar á M. Renan que hubiera debido seguir este camino. Pero si tiene alguna parte la verdad en una cuestión en que debe ser el todo, me parece que no puede seguirse uno ú otro camino *ad libitum*, y sobre todo, como por seguir alguno, dejar el verdadero por el falso. Sobre esto no puede haber mas que un camino, y es el verdadero; es precisamente el que aconsejais que se evite. Pero yo felicito mucho mas á M. Renan por haber entrado en esta única vía, confesando la autenticidad de los Evangelios, que lo que os felicito á vos, por no querer salir de ella con él, imputando á Jesús una impostura. Porque en definitiva, M. Renan ha sido torpe á costa suya, y vos sois diestro á costa de la verdad.

Pero no, él no tiene el mérito ni el demérito de esta torpeza; puesto que ni vos ni él podeis negar la autenticidad, la autoridad histórica de los Evangelios; y no dudeis, que quien no ha retrocedido ante el ultraje á la persona, no hubiera retrocedido ante la idea de formar un proceso á la historia de Jesucristo, si hubiera sido sostenible.

El sistema de la leyenda ha quedado enterrado definitivamente con su autor, con Strauss. Esto no ofrece duda. M. Renan sabe mucho mas que vos sobre ello. Y si no os basta su

autoridad, oid también á M. Salvador, á quien su doble hostilidad de judío y de racionalista, no impide reconocer que: "Jamás podrán sostenerse estas hipótesis ante el Nuevo-Testamento."—"El lenguaje oriental y muchas veces sublime de estos libros les da un sello general de autenticidad y de sinceridad."—"Léjos de desaprobar las diferencias que se encuentran en este cuádruple monumento, constituyen estas diferencias su verdadera riqueza; y lo agrandan, conservando en él la huella involuntaria y sencilla de los hombres y de las circunstancias."—"Las tradiciones de los cuatro evangelistas concuerdan con todas las obras de los apóstoles y con la multitud secundaria de relatos apócrifos. Es imposible, después de un examen reflexivo, no adoptarlas en su conjunto como monumentos verdaderos."³

M. Renan ha sacado, pues, todo el partido posible de la situación en que ha puesto la ciencia á la incredulidad, ganando la ventaja de un *poco mas ó menos*.

Esto es, no obstante, lo que M. Habet le perdona menos aún que M. Scherer; sin duda, porque tiene por sí mejores recursos.

Fuerte con su confianza en estos, se arriesga á razonar resueltamente:—"En ciertos momentos, dice, se complace M. Renan en creer que oye á Mateo en el Evangelio que lleva este nombre, y á Juan en el cuarto y en los otros dos á los otros dos [*sic*] compañeros de Jesús. Queda indeciso y vago, y dice: "Son *poco mas ó menos ó próximamente* los autores á quienes se atribuyen," como si pudiera haber sobre esto *poco mas ó menos*. O bien: "No me atrevo á persuadirme que se haya escrito *enteramente* el Evangelio mas antiguo por pluma de un antiguo pescador de Galilea," no obstante, sería absolutamente imposible, distinguir lo que acepta y lo que rechaza."⁴

Esto tiene un sentido muy claro: solo falta sacar la consecuencia de que los Evangelios no son *próximamente ó poco mas ó menos*, sino *enteramente* de los autores cuyos nombres llevan, —y esto por todas las razones que ha dado M. Renan sobre ello.

Pero M. Havet es demasiado consecuente con la incredulidad

¹ *Jesús y su doctrina*, lib. II, p. 492.—Prólogo, p. 8.

² *Ibid.*, lib. II, pág. 167.

³ *Ibid.*, p. 164.—Véase también un excelente opúsculo de M. Atanasio Coquerel, *contestacion al libro del doctor Strauss, LA VIDA DE JESUS*. París, 1841.

⁴ *Revista de Ambos Mundos* del 1º de Agosto de 1863, pág. 532.

para serlo con la verdad, y no ha hecho uso alguno de la razón, con respecto á nosotros. De que no pueden los Evangelios ser poco mas ó menos verdaderos, deduce que son enteramente falsos.¹ Pero mas prudente en esto que M. Renan, lo hace de modo que no se compromete, á la manera que los oráculos.

"Formaría una verdadera obra por sí sola, dice, un tratado completo sobre la redacción de los Evangelios; yo no puedo hacer aquí este tratado, y me es imposible toda discusión: *solo puedo enunciar sin probarlo, lo que pienso*. Pienso, pues, que no solamente no escribió nada Jesús, sino que tampoco escribieron nada los compañeros de Jesús; que, en su consecuencia, no es auténtico ningún Evangelio, ni ninguna parte de Evangelio, y que no hay mas escrito auténtico en lo que se llama "Nuevo Testamento que las *Cartas de Pablo*."—He dicho.

Esto es espedito. Se ha hecho mas que cortar la cuestión; se la ha suprimido por autoridad del libre pensador. No se trata, pues, ya de si son falsos los Evangelios y por qué son falsos; no hay ya Evangelios, ha desaparecido el cuerpo de la discusión, y no tenemos mas que mirarnos unos á otros. Todo eso lo ha verificado el *yo pienso, pues*, y no hay sino preguntar si M. Havet se ha convertido en *Aristóteles*, y si nos hallamos nosotros en la *edad media*.

Porque en efecto, estos señores quieren volvernos á la edad media; pero á una edad media de materialismo y de ateísmo, así como la primera edad media lo fué de metafísica y de fe.

Mas como todavía no estamos enteramente en ella, me permitiré decir francamente á M. Havet, que es ponerse igualmente fuera de discusión el suprimir ésta; que quien ha obtenido la honra de un elogio como el que le tributa M. Sainte-Beuve, al decir que "es un escritor que sale cada tres ó cuatro años de su retiro y de su silencio para darnos cada vez una obra maestra de crítica en su género," debe cuidarse algo mas de justificarlo; que, cuando se emplean así tres ó cuatro años para reunir sus pruebas, no se puede alegar, tanto como cualquiera otro, el derecho de excusarse de presentarlas; que vale mas permanecer, en este caso, en silencio, y que siempre hay tiempo para callar, cuando no se está en situación de hablar; que si es-

¹ Hasta tal punto, que M. Havet, profesor en el colegio de Francia se ha atrevido á escribir estas líneas: "Aun en los Evangelios, no se halla *absolutamente* borrada ó eclipsada la verdad, pues se encuentran en ellos rastros que la revelan."

to es verdad con respecto á toda tésis por poco que se la niegue ó combata, y sobre la que no se tiene entera evidencia, es incalificable respecto de un mentis dado al Evangelio y á la fe del género humano, dado á la evidencia histórica, á la ciencia misma adormecida, y á una verdad que reúne en su favor todos los partidos.

Sepa, en efecto, que el mismo Strauss conviene en que á fines del siglo segundo despues de J. C. y segun vemos por los escritos de San Ireneo, Clemente de Alejandria y Tertuliano, nuestros cuatro Evangelios eran reconocidos como procedentes de los apóstoles y de discipulos de los apóstoles entre los ortodoxos¹ y que como documentos auténticos sobre Jesucristo, habian sido separados de una multitud de documentos semejantes.² Hay mas, Strauss conviene con el testimonio de Justino, de Papias y del mismo Celso, en "que han debido formarse la mayor parte de los relatos evangélicos durante los treinta y algunos mas años trascurridos entre la muerte de Jesus y la destrucción de Jerusalén;"³ y en su consecuencia, á vista de los apóstoles, y por ellos ó sus discipulos.

¿Y se atreve M. Havet, á rechazar los Evangelios, contra tales pruebas mas allá de la generacion apostólica, es decir, hácia el siglo segundado? Fácil es de concebir, que *no puede hacer mas que enunciar esto sin probarlo*. Pero lo que no se concibe es, que ni siquiera lo enuncie. Es verdad que dice lo que *piensa* y que sobre todo es libre pensador, y como tal, dispensado de toda prueba, emancipado de la ciencia y de la razon, para emanciparse mejor de la verdad y del Evangelio.

Y aun respecto de éste, no lo está, puestó que admite las *Epistolas* de San Pablo.

Estas epistolas, en efecto, así como los *Actos* que son su relato, suponen por de quier el Evangelio. quiero decir, los hechos sobrenaturales de la vida de Jesus y su doctrina; de ellos están impregnadas estas epistolas, ó por mejor decir, ellas son el Evangelio mismo predicado, y si no existieran los Evangelios podrian sustituirlos. Si pues no se rechazan tambien estas epistolas, es decir, la historia misma entera de los orígenes del Cristianismo, no se prueba nada contra la causa cristiana esta se sostiene en toda su fuerza. Las escrituras del Nuevo Tes-

¹ Y tambien entre los herejes.—Véase San Ireneo.

² Strauss, *Vida de Jesus*, introduccion, § 13.

³ *Ibid.*, *ibid.*, § 14.

tamento se hallan ligadas entre sí con tan fuerte nudo, con tan íntima correlacion, que no puede menos de recibirselas á todas como auténticas ó de rechazarlas todas como supuestas. En todas ellas se encuentran los mismos hechos y los mismos dogmas. Así, el libro de los *Actos* contiene lo esencial que contienen los Evangelios. Son ininteligibles las epistolas de San Pablo, si no se admiten los Evangelios y los *Actos*. Las epistolas de San Pedro, de Santiago y de San Juan, se refieren manifiestamente á las de San Pablo. Ninguna de ellas, en fin, ni aun la de San Jadas, no obstante ser tan corta, dejan de recordar todos los fundamentos del Cristianismo, ya respecto de los milágnos, ya en cuanto á la doctrina. No es, pues, aquí posible elegir, porque no podria esceptuarse nada que no hiciera revivir todo lo demás. Para esta escepcion seria forzoso romper las tablas de la historia, y aun así, cada uno de sus menores fragmentos reflejaria la divina figura de ese Cristo que es su ley, y no se habria hecho mas que multiplicar sus testimonios.

Hé aquí á lo que se ha espuesto la incredulidad, saliendo de la negativa y arriesgándose á entrar en el terreno positivo de la ciencia y de los hechos. Por mas que diga M. Scherer, hubiera hecho mejor en *continuar eludiendo la dificultad*, y en mantenerse en la irracional negativa á que quiere hacerla volver M. Havet. El público que no tiene tiempo para remover estas cuestiones y que no siempre cree á los hombres especiales, bajo su palabra, hubiera podido creer que habia siempre algo que contestar á los apologistas cristianos, y que el silencio ó el sarcasmo de los espiritas fuertes ocultaba algunas elevadas razones para no rendirse. Pero M. Renan ha desgarrado el velo, presentando desnudo todo lo que puede contestar la incredulidad, es decir, todo lo que no puede ó á que no tiene nada que poder contestar. Ha hecho mas; ha comprometido para siempre su causa por medio de confesiones de que no podrá desdeñarse la incredulidad, por mas que se haga, y que arrastran fatalmente á las consecuencias mas monstruosas para la razon y la conciencia, si no vuelven á conducir á la fe.

Hé aquí lo que va á demostrarse mas y mas en la série de este trabajo.